

Mi nombre es Paula Domanico. Hace poco (me) he incorporado el apellido de mi madre "Sanguinetti". Para mí ha sido un gesto político, Ha sido un deseo que maduró en mí a la par de otras intenciones de repensarme como mujer.

Este movimiento personal se apoyó, jugó e intercambió con mi asistencia al Máster de "Estudios de la diferencia sexual". Este trabajo de investigación es el resultado de mi proceso en el segundo curso.

Lo he titulado "*Donde la mística y la política de mujeres se tocan*".

Durante ese año 2012, el intercambio con las mujeres de la comunidad filosófica femenina "Diotima", realizado en Verona, provocó -como no podía ser de otro modo- una gran cantidad de interrogantes y un torbellino de reflexiones en torno al modo en que vivimos las mujeres la práctica política.

Esta pregunta quedó en mí abierta, dando vueltas; como una invitación a seguir pensando.

Además, durante ese segundo curso del Master descubrí mucho, y disfruté otro tanto, sobre la espiritualidad femenina en la asignatura de Nuria Jornet Benito, "*Mujeres y espíritu libre en el cristianismo medieval*". Una historia de las mujeres desconocida por mí que me provocó gran interés y me llevó a intercambiar textos, escritos y palabras con varias mujeres: mi madre, compañeras de trabajo, etc.

Por eso, las ganas de continuar buceando y repensando el modo en que he vivido y vivo, en el presente, la espiritualidad me pedía seguir leyendo y pensando.

Muchos años he trabajado como mediadora (intercultural, familiar, escolar); pero, desde hace unos años, la palabra mediación cobra un nuevo sentido en mí. Un sentido que, más allá de cambiar, da una nueva luz a lo que pasa allí. Ese movimiento se ha debido a que, en mis relaciones con mujeres, la mediación es - como dijo una vez una mujer, y se quedó grabado en mí - "*poner en relación dos personas (o cosas) que antes no lo estaban*".

Por eso, al definir el tema para este trabajo de final de Master me alegró recibir la mediación de una mujer, Nuria Beitia; quien me ayudó a unir ambos deseos.

Había algo en mí en torno a este enlace. Una relación entre el modo en que las mujeres vivimos la espiritualidad y el sentido de la política de las mujeres; lugares en el que, desde mi vivencia, ambas prácticas se encontraban.

Sentí como si la propuesta se presentara ante mí. Fue tan fluido que, en momentos previos a la escritura del trabajo, las mujeres de mi entorno (a las que les mencioné el tema) quedaron entusiasmadas con la idea y con ganas de que les contara más.

En esa invitación que se llama "*Filosofía en acto y práctica*", Chiara Zamboni preguntó ¿Qué le interesa a la política de las mujeres? ¿Qué es lo que quieren (queremos) las mujeres? Teniendo en cuenta la necesidad actual, de los movimientos políticos y de la gente, de solicitar verdad y transparencia a la política. La pregunta nos dejó mudas, sorprendidas. Nos dimos cuenta de que necesitábamos, primero, exponerla idea/vivencia sobre la política de las mujeres que cada una teníamos.

Chiara encontró dos marcadas posiciones: las que sentían que "la política es todo": vida y política es todo (porque incide en la realidad) y las que distinguían entre la existencia (la relación consigo misma) y la política (la relación con el mundo)

Yo siento que vida y práctica política no están separadas; porque una y otra las vivo al mismo tiempo. Algo semejante a lo que menciona Lia Cigarini: "*No decimos que todo sea político sino, más bien, que todo puede llegar a serlo. O, más sencillamente, que no tenemos criterios y no nos interesa separar la política de la cultura, del amor, del trabajo. Una política así separada no nos gustaría y no la sabríamos hacer*" (...) "*Responde también a esta exigencia de no separar la política de la vida el uso de la palabra*".

Esta autora menciona su costumbre de reflexionar contextualmente sobre el hacer. Y me recuerda a las palabras de Hannah Arendt cuando propone "*pensar lo que hacemos*". Una interesante invitación de Diana Sartori. Pero, aclara, "*no reducirlo a pensamiento*". Así, reconozco que, por lo general, cuando pienso en mi hacer lo hago en relación y es esa acción, de ponerla en el centro de la relación, en donde surge el fundamento de lo que hago. Hay veces que siento, visualizo, la separación entre acción y pensamiento, pero otras en las que siento que es un continuum, una circularidad.

Aquel intercambio en Verona fue intenso e interesante. Todas las que estábamos allí sentíamos la vital necesidad y el deseo de contar con las demás para poder ser y hacer. Me iluminó una de las más jóvenes con su idea: "*la política es un arte de la relación*". Esa frase me quedó grabada! Me pareció tan potente y sencilla a la vez. Y me sorprendió que esa chica, tan joven, tuviera esa certeza porque se entreveía que la sabía de cerca y de dentro.

En el trabajo de investigación final del curso anterior del Master, me interesé por indagar en el origen del pensamiento de la diferencia sexual (leyendo a algunas autoras que deseaba y que reconocía como las *originarias* del mismo: Carla Lonzi, Adrienne Rich y Luce Irigaray) para repensar mi *introducción* en ese pensamiento. Ese inicio, principalmente, se vinculó a la relación con una mujer (docente) y al descubrimiento de la Fundación Entredós como espacio de encuentro y relación entre mujeres.

Por eso, cuando esa chica joven expresó su certeza, sentí la alegría de saber que ella había encontrado y reconocido esa joya que es para mí la práctica política de las mujeres. Una suerte que agradezco aún sintiendo que ha llegado a mi vida después de muchos rodeos y desconciertos. Esa alegría es la intuición de un cambio que habla de la libertad femenina. Como dice Luisa Muraro: "*la libertad femenina ha hecho históricamente posible cosas que antes no eran posibles*".

El sentido de estas ideas se evidencia en mi comprensión acerca de mí misma. Vi y entendí, con claridad, qué había en mi necesidad de relación con mujeres, que siempre ha sido intensa en mi vida.

Cuando comencé a asistir a la Fundación Entredós, el solo hecho de estar allí tenía efectos en mí; como una fluida alquimia. Llegué con intuiciones que, poco a poco, pude entender en profundidad y asentar.

Principalmente estaba el deseo de estar en relación, de lo fértil de poner deseos en intercambio y de la necesidad de confiar en otra mujer. Solo por ello, y también para hacer algo juntas. Lia Cigarini dice: "(...) *la responsabilidad ante el mundo nacen cuando las mujeres enlazan entre ellas un pacto social; o sea, cuando*

saben y aceptan que tienen que responder de sí, en primer lugar a sus semejantes. Saben y aceptan que la existencia social, libre, una mujer puede y tiene que contratarla con sus semejantas, o nunca la tendrá".

Aquel año aprendí mucho de mi relación con Laura, mi nueva compañera de trabajo. Me sorprendió observar con qué "facilidad" pude abrirme y exponerme a la relación cuando hay indicios -que quizás pasan desapercibidos a la conciencia- sobre un lugar común; un deseo por estar y transitar un camino en relación.

Luisa Muraro dice que exponerse al encuentro con otros/as es una fuente de existencia libre; ya que lo que cambia es apertura a ser otra en una relación modificadora con el mundo. Pero dice que esto ocurre en ciertas condiciones: la de una práctica política bien lograda. *"Es posible cambiar las cosas únicamente si se está dispuesto a cambiar uno mismo"*.

En Argentina utilizamos la expresión *"amigas del alma"*. Palabras que hace unos días escuché en mi madre. Y ahora se me aparece cuando busco las palabras que puedan decir lo que sé que ocurre en esa "conexión" con otra mujer. Hay algo que se da desde el alma -un alma que no está separada del cuerpo.

Por eso, cuando le conté a Laura de qué iba este trabajo se alegró. Una alegría que me mostraba la confirmación de su vivencia de lo real del vínculo entre la política de mujeres y la espiritualidad. Y yo sentí el alivio que brinda la comprensión de otra que te dice "vas por buen camino" (y era justo lo que necesitaba!)

Es algo semejante a lo que enuncia Lia Cigarini cuando habla de *"Lengua común: tener los mismos significados. Lengua razón: registrar que las mujeres se han hecho mundo, son una realidad que produce realidad. La relación entre mujeres se ha convertido, pues, en un significante lingüístico que vuelve traducible cosas que antes estaban completamente separadas (...)* La relación entre mujeres como significante permite describir el mundo."

En esta relación con Laura, y con otras, he experimentado - como me dijo hace tiempo mi terapeuta; y lo de crear palabras nuevas me encanta cuando surge de la necesidad de decir - la disparidad. No ha sido fácil. El conflicto con otras no me atemoriza; creo que el temor es más bien al conflicto dentro de mí. Mirarlo de frente, saber que está allí, aceptarlo y ver qué puedo hacer con él, qué me dice, qué esconde. Y sé que es un aprendizaje que sólo puede ocurrir en relación.

Lia Cigarini dice que la relación con la madre es la primera relación dispar de intercambio, *"la relación con la que se aprende a hablar, en cuanto tal, se convierte en figura de una libertad femenina no individualista sino relacional (...)* y del adherirse la lengua a la experiencia".

Esa transformación que ocurre en mí misma, al entrar en el juego de la disparidad, es la posibilidad de que también se mueva algo, no sólo mío, en el mundo. Dice la autora: *"Nuestra política consiste en pensar y llevar a cabo la transformación social de lo que pasa en la relación entre mujeres, de manera que sean productivas donde se administra justicia, se hace ciencia, se organiza el trabajo, se da clase, etc. Es así, pensamos, como puede tomar cuerpo y sustancia los contenidos de la diferencia femenina. No son los contenidos los que deben definir el sentido de la diferencia femenina, sino al revés. La diferencia femenina, que se autoriza y se significa desde sí, puede producir contenidos sociales que sirvan para manifestarse de vez en vez, nunca definitivamente" (...)* *"La diferencia femenina se inscribe en el orden social y se convierte en*

potencia modificadora de lo social, en nuestra opinión, a condición de que haya práctica de la disparidad entre mujeres”.

Recuerdo que, en las primeras reuniones en la Fundación Entredós, me sentí envuelta, atrapada y atenta por el cuidado en las palabras que esas mujeres hacían. Me fascinó su uso creativo, nuevo, dedicado. Un interés por las palabras que en la práctica es deseo de nombrar lo que es; abriendo a lo que pueda surgir. Por eso, sentía como verdaderas las palabras de la autora cuando menciona que *“Vincular de manera significativa palabras y cosas (es decir, hacer orden simbólico) es la parte más viva de la política de las mujeres desde sus comienzos”.*

Y las de Luisa Muraro cuando dice: *“(…) para nosotros seres humanos demasiadas cosas dependen de las palabras, quizás porque –como han dicho los que entienden de ello- la vida del deseo, que es el centro de la vida, aunque no se reduce a una cuestión de palabras, depende de ellas hasta lo último, hasta los umbrales del silencio de cada cosa. La toma de conciencia son palabras, ciertas palabras, que oímos o decimos. Son las palabras, ciertas palabras, que dan o privan de vida al deseo, que significa: dar vida a la vida”.*

Había en la práctica política entre mujeres un nuevo orden, una manera de estar que tardé un tiempo en poder nombrar. Este nuevo orden, simbólico, no estructura sino que se vive. Se refleja muy bien en la palabras de Luisa Muraro en *“El orden simbólico de la madre”*: *“La política de mujeres puede considerarse como una forma de simbólico realista porque hace actuar la diferencia sexual con efectos de libertad femenina (...) sin ofrecer definiciones y representaciones del ser hombre/mujer”.*

Y ciertamente este orden simbólico que habita la política de mujeres es un punto de partida y de palanca para liberar la relación de una mujer con su madre; así lo he vivido yo en este tiempo.

La lectura de *“La política del deseo”*, de Lia Cigarini me atrapó. La sola idea de que el deseo estuviera en primer plano, de la mano de la política, me causó curiosidad.

Encontré la expresión de ese deseo en la pasión en las experiencias de la jurista, que su propia voz narra. Sus palabras me han despejado nubarrones y me han clarificado ideas. Me asienta cuando dice la madre simbólica es la fundadora de la genealogía femenina; que instituye el movimiento de disparidad y de mediación entre mujeres. Porque ella concibe que *“la mediación femenina es la sustancia de la política de la diferencia”.*

Acerca de la noción de práctica política, esta autora sostiene que la relación entre mujeres no es un instrumento para llegar a un fin, que sería la práctica política; sino que la práctica es un *“acto significativo, generador de sentido y de efectos reales en su acontecer y en el contexto que acontece”* (...) *“La práctica de la relación “hace” simbólico; aún más “es” lo simbólico femenino”.*

No separa la teoría de la práctica; sino que considera que obtenemos la teoría a partir de la práctica política, dice: *“Toda afirmación teórica que he hecho se basa en una experiencia y en una práctica. Hay que estar pegadas a la práctica, a la experiencia, y decirla. Considero la teoría una práctica dicha y nada más”.*

En la misma dirección, Wanda Tommasi menciona que el feminismo *“tiene sus raíces en las prácticas estamos tratando con un saber a través de la experiencia, que no separa la práctica de la teoría, sino que hace crecer ambas al unísono”.*

Como psicopedagoga siempre he sentido que para aprender y hacer de una misma una idea, la división teórica y práctica existía sólo a efectos didácticos porque es algo imposible, forzado, irreal.

Algo así también viví cuando empecé a asistir al grupo de "Una historia verdadera", un espacio de pensamiento y práctica acerca de la educación, en la Fundación Entredós. Ese fluir del saber de la experiencia enriquecido por lo que ocurre al pensar en presencia hacía que aparecieran ideas, propuestas, incomodidades, malestares, dudas; un mar de nuevos saberes dispuestos para...

Como bien dice Milagros Montoya Ramos "*partimos de nuestros deseos y carencias*" para disponernos al intercambio teniendo en cuenta el orden amoroso de la madre.

En torno a su forma de concebir la práctica política, Lia Cigarini menciona: "*Nosotras no partimos de un cuadro general sino de contradicciones vividas en primera persona (...) que ponemos en el centro del trabajo político. Sucede así que elementos que la representación dominante del mundo dejaba en los márgenes, se ven situados en el centro del cuadro, en concordancia con el hecho de que ya se encontraban en el centro de la vida vivida. Es así como cambia la visión de las cosas y, al mismo tiempo, se abre otra vía para hacer política, más directa e incisiva. Pues, efectivamente, esta vía ha mostrado ser fecunda.*" Resalta la eficacia mediadora de la diferencia femenina; una diferencia femenina como mediadora universal. Algo similar a la idea de la *mediación universal sexuada en femenino* que menciona Milagros Rivera Garretas; una mediación válida tanto para hombres como para mujeres.

Yo considero que esta forma femenina de hacer práctica política es un ejemplo de ello.

Poniéndome en juego para el intercambio aprendí algo de lo que estoy intentado hacer ahora: la práctica del *partir de sí*. Una experiencia transformadora y difícil al tiempo pero necesaria porque me descubre lo nuevo, original y desconocido que hay en mí.

Sobre ello Lia Cigarini dice: "*Yo pienso que, efectivamente, en política nosotras tenemos un más de saber, porque hemos elaborado una práctica adecuada: la del partir de sí y de la relación, que mantiene unidas vida y política, práctica que trabaja para conectar a las personas, para modificar la relación con las personas y con las cosas, sin quedarse nunca fijada en los contenidos ni erigir monumentos, manteniéndose siempre transparente y móvil.*" Y continúa: "*(...) la práctica del partir de sí ocupa el primer puesto, la palabra hace ahí de protagonista, y de nuevo para los fines del intercambio: esa no sirve solo para decir la experiencia y la subjetividad, sino para mediar entre la subjetividad y contexto, entre sí y lo otro de sí, "o también entre sí y sí", en la medida en que la alteridad atraviesa también el ser humano en su singularidad. La palabra es, por eso, el pilar de ese movimiento entre dentro y fuera, entre lo interior y lo mundano, que es el movimiento cardinal de la política de las mujeres.*"

La práctica del partir de sí presupone que toda lo que se dice o se hace es una mediación; mediación entre sí y sí, entre sí y la realidad. Y es allí donde ocurre ese movimiento de transformación; que ocurre en mí y en mi forma de ver el mundo, con el deseo de que también tenga efectos en las/os demás. Y hay transformación porque hay verdad; un saber de la experiencia que pide ser dicho. Como menciona Luisa Muraro: "*lo que convierte en decible la verdad de las mujeres no es, en sí, darle un lugar más importante a la subjetividad sino más bien que en el discurso, el otro (el otro puede ser entendámonos bien, una parte ignorada de uno mismo) no sea automáticamente un posible objeto del discurso, sino que pueda intervenir con el sujeto desde el interior de su propio discurso.*"

En torno a este deseo y necesidad de decir, de poner en relación con las/os otras/os, siento que está habiendo un movimiento de apertura. Pero es innegable que existe una *"expulsión de la verdad de las mujeres de lo decible"*, como menciona la autora. Ella sostiene que se trata de una *cuestión de orden simbólico* - no esencialmente de la arrogancia o la estupidez personal de los interlocutores- por lo que *"no hay nunca lugar para un saber original de mujeres"*. Es un orden simbólico que *"pone barreras a la escucha del otro"*. Pero, siento que en estos momentos vivimos una revolución de lo simbólico que empieza a sentirse, a vivirse y que debe su inicio a la política de las mujeres. Y esa revolución ocurre *"cuando una mujer se pone a decir lo que sabe (...) por causa de su ser mujer (...) sabe y dice la quiebra de la objetivación, sabe y quiere decir que hay otra cosa"*.

Es una revolución que vivo en primera persona; en la que quiero estar presente y activa trabajando junto a otras (y otros si los hay)

En el sentido de este movimiento hay algo que se enlaza con la idea, de Luisa Muraro, del presente como lugar estratégico del pasado. Es como si se produjera un nuevo sentido, nuevo porque soy capaz de verlo; es la *"restitución al pasado de un sentido que era suyo"*. Fruto de la práctica política de la relación con las mujeres.

Por eso en la práctica política de las mujeres la relación es el centro en donde la fluidez del deseo pueda llevarse al mundo. El deseo de otro/a es un deseo de intercambio.

En sus orígenes, y tal como menciona Luisa Muraro, la práctica de la autoconciencia tenía una estructura relacional de la escucha del otro que, fuera o dentro de mí, puede hacerse entender gracias al silencio de lo ya dicho, de lo ya decidido, de lo ya juzgado.

Cuando supe de esta práctica (leyendo *"No creas tener derechos"*) me sorprendió y emocionó a la vez. Había algo que me era familiar. Mis años de estudios de psicología me abrieron la puerta a algo similar. Espacios de mujeres en los que hablábamos de nosotras, entre nosotras, de temas y vivencias que necesitábamos decir. Espacios donde la palabra "deseo" solía estar presente. Pero era un deseo que muchas veces poco tenía que ver con la singularidad de cada mujer; sino un deseo ya pensado y dicho por otros (hombres de teoría psicoanalista que pensaban por las mujeres, faltos de escucha)

Fue en mis relaciones con otras en donde pude dotar de nuevo sentido este deseo. Hacerlo mío y que pudiera decir desde mí. Por que *"es en las relaciones entre mujeres donde se abre camino una modalidad de la libertad femenina (...) como creatividad, como continua reinención de una misma que, gracias a la mediación femenina, logra inscribir en el mundo su propio deseo"*, como comenta Lia Cigarini.

Quizás una posible respuesta a aquella pregunta que enunciaba Chiara Zamboni pueda ser que, lo que queremos las mujeres de la práctica política, es encarnar la libertad y la audacia para continuar creando prácticas en esas grietas de lo "establecido" para dotar de un nuevo sentido la realidad; mostrando lo que parece "incubierto" pero que es posible.

Lia Cigarini dice que *"La práctica política no tiene, pues, confines; actúa – puede actuar- en cualquier parte, y consistirán en primer lugar en "poner en palabras" el juego de la diferencia: nombrando donde se ha silenciado, realizarlo donde se sobreentiende, analizarlo donde se da por sentado, regularlo donde es salvaje"*.

Creo, al igual que Luisa Muraro, que el deseo es el mejor amigo de la libertad femenina. Un deseo sin objeto; deseo de intercambio y por ello no objetivador del otro. Un recurso recurso vivo y practicable. Y

dice: *"Estar habitadas por un deseo en el que es posible reconocerse y hacer reconocible, esto es lo que yo llamo libertad."*

La libertad, para Lia Cigarini, *"consiste concretamente en poder hacer de una condición humana impuesta, como la femenina, una ocasión de existencia más grande. En esto está, en mi opinión, la fuerza de la política de las mujeres. (...) Pienso (...) que precisamente la contradicción, el estado de necesidad, es la palanca para ampliar los espacios de libertad, que la libertad es, pues, esto: transformar una condición impuesta en una situación de espacios más amplios". (...) "Ejercer la libertad femenina quiere decir subrayar, y no borrar, la diferencia"*.

Leyendo y conociendo más sobre las mujeres del medioevo descubrí la existencia de esa libertad femenina. Lo que más me tocó fue que, como menciona Luisa Muraro, tenían *"una relación libre y personal con Dios. Relación independiente de toda mediación; ya fuera del orden familiar o de social, de iglesias, de hombres, de sagradas escrituras, de doctrinas o tradiciones, e independiente también de todo itinerario codificado y guiado por otros, invención o descubrimiento de una libertad del otro mundo en el sentido que sugiere la alegoría de deshacer tejidos de punto, por lo que se trata de este mundo de aquí pero reconstruido y abierto al infinito"*. Su descubrimiento hablaba de una felicidad y de una libertad *"del otro mundo pero practicable en este"*, que había que *"tomar como un regalo"*. Había en esa relación libre y personal con Dios algo de lo que yo estaba buscando. Algo que me lanzaba más allá del enfado con la "iglesia pequeña", también patriarcal o ese "dios todo dicho y ya pensado", como dice Luisa Muraro.

Encontré más pistas en muchos de los escritos de la asignatura *"Mujeres y espíritu libre en el cristianismo medieval"*. Lectura gustosa y apasionada que compartí, en muchos momentos, con mi madre. Sentí como si esas mujeres fueran las mediadoras entre mi madre y yo. Se abrió un espacio de disfrute definido por nuestras sensaciones y la ligereza de lo innecesario de la justificación. Un espacio compartido más allá del lugar de cada una.

Creo que mi vivencia de la espiritualidad se la debo a mi madre. Como si esta necesidad hubiera nacido conmigo; como si me hubiera sido dada por ella al darme a luz. La pienso así porque al buscar un inicio lo encuentro de la mano de mi madre.

Esta práctica de la espiritualidad ha sido vivida con desencuentros, no siempre con alegría, en ocasiones con malestar e incluso con cuestionamientos. Pero el caso es que no puedo negar ni el interés y la curiosidad, que me ha suscitado a lo largo de mi vida, ni la constante presencia de la práctica espiritual.

El germen del enfado que comentaba lo vinculó a la vivencia de una espiritualidad, desde pequeña, marcada por mi asistencia a un colegio religioso. Allí Dios estaba definido por los ritos religiosos: comunión, confirmación, etc. Más tarde, las misas formaban espacios de socialización y encuentro con amigas y amigos. Hubo momentos de adolescente en donde el acercamiento religioso fue más intenso. Lo que llamábamos "retiros espirituales", estaban cargados de contacto conmigo misma pero también de vivencias dolorosas y llenas de culpa. Esa culpa asociada al pecado o a la exigencia del "deber ser".

También ese enfado se enraizaba en la forma de hacer de los hombres en aquella organización del "mundo de Dios" que es la Iglesia como institución masculina. Y momentos de incomodidad en el discurso de las "sagradas escrituras" sentidas como muertas, repetidas, y sin vida. Un malestar e incompreensión sobre los mensajes que los "enviados" transmitían. Donde, además, se hacía evidente la ausencia y el ocultamiento de la potencia de las mujeres.

Por eso me gusta esa la idea de Luisa Muraro sobre Dios, dice: *"es una palabra que no tiene sentido si no se pierde en otras, en todas las demás (...); un pasadizo podríamos decir, y como la traducibilidad misma de este mundo en otro y en infinitud de mundos posibles."*

Claro que sabía que no había un lugar para Dios; ni la Biblia, ni las tradiciones tenían autoridad para poder decir lo que él es y lo que se vive en relación a Él. Reconocía la necesidad de un saber que me sirva para colocarme y pensarme como mujer con necesidad de un Dios que sea también para mí. Lo que la autora nombra como *"verdadera y propia revelación femenina de Dios"* yo la encontraba enlazada a la experiencia vivida con mi madre. Por eso entendía las palabras de Luisa Muraro cuando, en esa reunión feminista, nombró a Dios. Ella dice que lo hizo: *"para abrirle el paso a lo otro y hablar una lengua viva"*.

La idea de la transcendencia solía estar presente en la relación con mi madre (y aun hoy). Se asoma a nuestras charlas, en nuestra forma de ver el mundo y de estar en él. Como una necesidad vital, innegable. El más allá. Algo así como lo que dice Luisa Muraro, en *"La fragilidad de los inicios"*, sobre la necesidad de pensar que hay más de un inicio. Habla de una *"fiesta grande al descubrir que hay más de un inicio, que no estamos obligados a empezar por el Yo."*

Estas conversaciones tomaban distintos caminos: unas veces aludían a vírgenes y protectoras; otras con la energía del universo, con seres más evolucionados y siempre con la relación de una misma con ese más allá. Por eso encontré gran placer y alegría al redescubrir y conocer de cerca a las místicas y sus escritos, ya que en ellos *"comunican un saber que no se puede acumular, porque transforma y se transforma" (...)* *"es el secreto de una escritura que hace sitio a lo Otro y lo hace ser, junto con la que escribe"*.

Aquella que yo había vivido en el colegio era una relación con lo sagrado diferente a la que yo veía, vivía, en mi madre. Una relación con lo sagrado que más allá de lo escrito y dicho, hasta más allá de Dios, quizás... Y fue eso lo que, aunque me costara, pude entender - también gracias a mediaciones- que le ocurrió a Luisa Muraro en esa reunión de feministas. Ella dijo: *"Yo, como G. H., dije ese nombre, "Dios", sin saber muy bien qué es lo que quería decir en aquel contexto. Pero sabiendo bien lo que hacía y por qué: era para decir el sentido libre de la diferencia de ser mujer, hacerla irreducible a una construcción social; era para afirmar mi libertad y la de mis semejantas, hacer que pasara por delante de la cuestión de la igualdad con los hombres e independientemente de ella; era para significar la originalidad de la experiencia femenina, sustraerla a la mirada objetivadora de las ciencias humanas (...)* *Entre nosotras, Dios reveló que era como un ovillo que algunas tenían en las manos."*

Y ese nuevo inicio que para ella se abre, en esta *"invención de libertad en torno al silencio de Dios"*, para mí es la posibilidad de hacer un corte y abrir un espacio nuevo y mío, aunque precise ser delineado, pero sabiendo que es posible y tiene sentido para mí. Un nuevo punto de partida, quizás... Luisa Muraro dice que: *"Es una invención que tiene algo en común con el arte de deshacer jerseys (...)* *quedan los ovillos del hilo, disponibles para obras nuevas o para otro tipo de intercambios. O sea, un nuevo punto de partida."*

La autora, en *"La fragilidad de los inicios"*, se pregunta si hay riesgo de espontaneidad en la relación con Dios y habla sobre la posibilidad de sentir ese miedo a la libertad. Era una idea que me costó hacer mía. Los apuntes de Simone Weil me ayudaron a entenderlo. Menciona el caso de un niño que se comporta mal en presencia de su madre como si eso le salvara del miedo a la libertad que vive en su ausencia. Luisa Muraro encuentra el punto central y la posibilidad de una nueva mirada cuando dice: *"Es, quizá, en este paso donde hay que buscar el ingrediente esencial de la civilización humana al que antes me refería, paso en el*

que la libertad no lleva todavía su nombre y se llama gratitud; con este nombre, la libertad se despide de lo negativo literalmente destructivo de lo que la inhibe, y reencuentra el recuerdo de lo que la precedió”.

También me reconocí en aquellos textos acerca de las mujeres del medioevo y pude comprender algo más sobre mi vivencia acerca de la espiritualidad. Luisa Muraro dice que *“La teología de las beguinas hace que comience Dios del lugar que todavía no es lugar, del tiempo que todavía no es tiempo, donde una experiencia busca las palabras para decirse.”*

Era una espiritualidad que me ha pasado por el cuerpo.

Desde pequeña el placer por el movimiento y la conciencia por lo que resuena en el cuerpo han sido clave y me acompaña aún. Parte de esa vivencia de espiritualidad la he experimentado poniendo en juego al cuerpo (¿quizás como un saber desconocido pero ya en mí al nacer?) Y en ese juego ha cambiado mi relación conmigo misma y con el mundo. Ha sido una transformación que operó en mí al tomar conciencia de mi ser; sin separar: la mente del cuerpo.

Ha sido vital poner primero atención a la vivencia para, estando atenta a lo que ocurría, poder luego enunciarlo, ponerlo en palabras. Había algo en mí que quería encontrar y sabía que tenía que buscar/bucear(me) Y allí estaba para luego poder poner fuera. Aunque no creo que haya sido en una sola dirección pero sí hubo algo de vacío, silencio, recogimiento. Algo así como una mediación entre sí y sí. Y es curioso que allí se evidenció algo de lo que varias autoras muestran con brillo: la confianza. Una confianza que reconociendo mi deseo de dar, me abre al dejarme dar por las/os demás.

Y siento que hay algo político en esto. Lo que se hace –político- tiene que ver conmigo primero, o en un inicio. Un cambio en mí, en mi relación conmigo, con mi cuerpo, con apertura a la escucha que me abre a la relación y a lo que puede surgir, a lo que puedo hacer con otras.

Además, aquellos textos provocaron una especie de reconciliación y de nueva apertura en mí. Además de la confirmación de un saber que creía ignorado. Este saber ignorado puedo vincularlo a mi desconocimiento, mi falta de claridad en mi búsqueda (desencantada por el mundo masculino de la iglesia) y a relatos de mi madre. Historias, mensajes en los que no siempre estaban presentes las mujeres, pero ahora sé que lo central, lo que emergía, era su manera femenina de vivir su relación con Dios.

Mi reconciliación tiene que ver con la creación de un nuevo espacio. Un espacio que deje entrar lo nuevo y que acepte mi necesidad de espiritualidad.

Siento que existe en mí un nudo en el que se enredan mi dificultad por aceptar la necesidad de esa relación con lo otro (llamémoslo Dios) y un saber interior que reconoce que esa relación es vital; que no puede ser de otro modo. Es un nudo que me ha costado encontrar(me); no tenía muy claro que había allí. Reconocía que un lazo aparecía con el malestar de quienes ocultan el vacío del inicio. Y otro lazo que se mueve en mis entrañas cuando presiento la desmesura en la relación con lo divino. Mujeres, como en ocasiones mi madre, que parecieran despegarse de la tierra y confiar todo en el más allá. Quizás sea miedo a esa entrega desmedida... Pero hay en este lazo algo que siento verdadero; y es la necesidad de que exista algo más. Este algo más que he podido entender y profundizar este tiempo.

Por eso, este nuevo espacio que se ha abierto en mí lo siento más verdadero. Verdadero porque sé que puedo hacerlo a mi medida, reconociendo y sosteniendo sin miedo (ni vergüenza) mi necesidad y mi deseo. Un espacio en el que quepa todo lo que quiera y más. Un más que no sé muy bien qué es, pero creo

en la posibilidad de algo nuevo; lo imprevisto. Algo así como el ejemplo de Wanda Tommasi acerca de Carla Lonzi; dice que ésta supo recibir lo "imprevisto" del feminismo, sin aferrarse a identidades codificadas, como *"un don, una gracia, una ocasión en la cual otro (...) podía producirse"*.

De este modo, creo yo que puedo hacer espacio a lo nuevo por venir sabiendo que la condición es la apertura y la confianza.

Así, pensando sobre la práctica política de las mujeres y el modo en que vivo la espiritualidad y mi relación con Dios, y más allá de El (Ella), encuentro varios lugares en los que se tocan, se entrelazan, se nutren; cuestiones que comparten.

Wanda Tommasi en *"Prácticas y teorías: un saber de experiencia"* menciona que las prácticas de la política de las mujeres hablan de *"un saber a través de la experiencia, que no separa la práctica de la teoría, sino que hace crecer ambas al unísono"* manifestando así un pensamiento femenino expresado de forma original. Pone el ejemplo de la mística femenina: un saber a través de la experiencia. Menciona la escritura de la filósofa Simone Weil, quien concibe que la práctica *"lleva consigo un saber y de un saber que se encarna, vive y experimenta"*.

Dejar de moverme en el innecesario lugar de lo dicotómico ha sido un alivio para mí. Sortear esa trampa del pensamiento masculino, que se mueve en las antinomias del pensamiento, para hacer caso a un saber de la experiencia, en el que toda la vivencia tiene sentido y donde todo está unido. Donde no es necesario separar para saber.

Ese aprendizaje que he vivido en algunas experiencias espirituales está presente en las relaciones y en las prácticas políticas de mujeres con la misma "naturalidad" con la que la he vivido en mí misma.

Carla Lonzi encuentra en las escritoras místicas *"la capacidad de exploración del propio espacio interior y la de dar voz a la subjetividad femenina, generalmente acallada, a lo largo de la historia, por la intromisión de lo simbólico masculino. Encuentra, finalmente, un sentido de la trascendencia marcado por la diferencia femenina."* Luisa Muraro comenta acerca de sus estudios sobre mística femenina: *"la escritura mística deja abierto un pasaje, un vacío, un silencio en el que otra cosa puede ocurrir y llegar a ser: Dios, un imprevisto que puede incluso adoptar la forma de libertad o de la trascendencia femenina"*. Es en ese encuadre en el que aparece la idea de la inminencia de lo otro, la contingencia de Dios como pasaje a lo otro, como necesidad de intercambio y de apertura a lo imprevisto. *"La mística femenina nos transmite el sentido del ser en relación: con Dios, con lo demás, con lo real. Con el fin de que haya relación con Dios, con lo Demás que deja lugar a toda alteridad en la existencia, son necesarias el silencio y el vacío, un pasaje en el existir en el cual el ser pueda suceder"*.

Tal como comenta Milagros Rivera, a raíz del libro "El Dios de las mujeres": *"(...) Dios no es un tema, no es el tema del libro, sino la palabra que, como en los cuentos de hadas, ocurre que abre el muro visible y el invisible. Abre a la libertad absoluta, a la inminencia de lo otro, haciéndose El (Ella) contingente: contingente en el sentido de que te toca como te toca el abrazo, pero sin tocarte todo el rato, lo cual te asfixiaría, sino apareciendo cuando tenga que aparecer pero ocurriendo en una (a veces en uno) solo cuando ella esta dispuesta a la receptividad, a la inminencia y a la contingencia del encuentro, con la temible apertura absoluta -o sea, suelta de todo, sin amarras- que esa receptividad comporta. La contingencia de Dios es una gran invención simbólica -una invención de sentido para decir lo que es."*

Este vacío, ese silencio que en la escritura mística opera como pasaje dejando la abertura - para que lo que sea acontezca- yo lo he vivido con las mujeres con las que me relaciono. Y cuando pienso en el silencio aparece la escucha. Una escucha del cuerpo y de la palabra, sin separación, sino abierta a lo que pueda pasar, a lo que ocurre. En María Zambrano lo encuentro en su idea acerca de la atención, dice que ésta *“ha de ser como un cristal cuando está perfectamente limpio que deja ser visible para dejar pasar diáfanaamente lo que está del otro lado”*.

En ocasiones, es una escucha de mí misma, de lo que pasa en mí. Y allí es donde la relación permite la oportunidad de *“tener ante quién preguntarse”*, como dice María Zambrano. La relación como palanca de un conocimiento más profundo de mí y del mundo.

Wanda Tommasi dice que *“saber estar ante el vacío”* es una forma *“femenina de salvaguardar la vida, de salvar lo esencial, de hacer entender que, en el fondo de todo esfuerzo por decir, hay escucha, atención y receptividad”*.

Acerca de la importancia de nombrar y decir las prácticas, Lia Cigarini propone buscar las palabras necesarias, pero también de dejar espacios para que lo imprevisto pueda ocurrir: *“(…) hace falta dejar vacíos, silencios, precisamente para indicar que, tanto en la vida como en la escritura, otra cosa puede sucederle al que vive, al que lee. De hecho, lo esencial de las prácticas se deja en parte traducir en palabras”*.

En aquella idea acerca de una teoría y práctica del vivir y hacer político de las mujeres que crecen al unísono se me hace presente el cuerpo. Un cuerpo de saber con las marcas que la experiencia impregna. Esta importancia del cuerpo, que habla de una conciencia de sí, la he vivido (como he comentado antes) en alguna de mis prácticas espirituales. Condición indispensable para estar atenta a mi ser, a mi centro. El lugar desde el cual poder partir. Conciencia que me permite estar presente donde estoy y en lo que hago. Es un sentir que también identifico en la política de mujeres porque, para poder entrar en relación y animarse al juego del aprendizaje de la disparidad, hay que poner *“cuerpo y alma”*, todo tu ser (sin divisiones).

Y la conciencia de mi centro es el que me permite entrar en la relación sabiendo cuál es mi deseo y por donde quiero -o necesito- ir. También es una manera de estar más predispuesta a la escucha, tanto de la otra/o, como de mí misma. De lo que me resuena, de lo que me incomoda, de lo que me desconcierta. Aprendiendo cada vez más a dar tiempo y espacio para que lo que deseo ocurra o, simplemente, tenga su tiempo de germinación y/o maduración.

El cuerpo, como cuerpo de saber, como cuerpo de deseo es para mí motor de la política de las mujeres. Y es algo que, ahora sé que, heredamos de las místicas. Como dice Luisa Muraro -en *“La experiencia de lo divino en la práctica política”*: *“(…) La experiencia que se dice mística tiene un sentido religioso que se daba a este tipo de vivencia femenina. Las propias mujeres decidieron dar sentido y valor a esta experiencia. En esto mostraron mucho valor, mucha valentía. Cuando algunas –todo un movimiento de mujeres- empezaron a hablar de su cuerpo y a escucharlo, cambiaron el curso de la mística. Los autores lo han notado: compareció un cuerpo femenino. De ellas podemos heredar el ejemplo de su valor, de atreverse, de osar. Ellas introdujeron una palabra muy querida por nosotras: el deseo. De ellas podemos aprender (...) a no ceder nunca en el deseo. A no ceder nunca sobre el deseo. Cuando tienes un deseo, conservarlo como lo más precioso que tienes. El deseo es lo que da fuerza al cuerpo viviente. Estas místicas hablaron siempre del lenguaje del deseo, en pleno medioevo. Y el cuerpo puede ser joven o viejo, da igual. Nos dejaron el deseo femenino osado, sin vergüenza.”*

Para ello, siento que ha sido importante ser consciente de la necesidad de la confianza. Una confianza que principalmente parte de mi saber de que ella es necesaria para moverme con alegría y tranquilidad. Sé, por experiencia, que la confianza es inquieta, se mueve, va y viene, circula en la relación. Y si pienso en la primera experiencia de confianza me transporto a la primera relación que nos sostiene al venir al mundo. En esa primera relación con la madre. Porque, como dice Milagros Rivera *"la relación con la madre no es una relación social ni es tampoco una relación antisocial, sino una relación necesaria para la vida"*.

Sé que esas primeras experiencias de confianza dejan una intensa huella. Una marca que siento como un lugar de partida; un espacio que me permite moverme con esa libertad relacional, de la que hablaba, que me ofrece el regalo de ser y hacer con la tranquilidad de saber que existe alguien (para sostener, compartir, escuchar, animar) Alguien.

Lo sé porque lo he sentido en mí y en otras/os. Sobre todo chicas y chicos adolescentes con que he trabajado en fortalecimiento de esta confianza, que era confianza en la relación. Y esa confianza que parte de la relación, está al mismo tiempo en mí y me acompaña por la vida. Me da las fuerzas para estar de pie cada día. Para ser y hacer. Luisa Muraro lo dice de este modo: *"la primera experiencia de la libertad ocurrió cuando aprendimos a hablar. No fue una libertad personal y negativa (de esto o de aquello) sino impersonal y positiva, en la relación entre las cosas y las palabras. Hay una libertad increíble en las relaciones entre las cosas y las palabras, y todas, todos, la hemos experimentado en la infancia, cuando intercambiamos con la madre, o quien estuviera por ella, frases de una lengua desconocida e inexistente, que ella entendía."*

Para esta autora, las místicas nos enseñan *"el universal del pasaje hasta lo otro"* y es este pasaje fundamental para la práctica política. Un pasaje directo en el que no son necesarias las mediaciones. En su *"Diálogo sobre el libro El Dios de las mujeres"*, sugiere el trabajo de *"acercar la experiencia política y la experiencia mística"*. Pone el ejemplo de la mística que busca *"la relación directa con Dios, sin intermediarios. En política hay muchas mujeres y algunos hombres que se quejan de la existencia de demasiadas mediaciones, y buscan prácticas más directas. Necesitan contacto, necesitan una política más sencilla y más verdadera. Detestan el juego político, que es todo él como una máquina sin sentido. Aquí hay un punto de contacto en el que podemos acercar la experiencia política y la experiencia mística. También en la idea de la vida encontramos un contacto. En la idea de la vida que tienen muchas mujeres encontramos el deseo de concebir la vida como un don libre, recibido libremente, e incierto, en vez de entenderla como una posesión que es defendida con la multiplicación de derechos. Este don de la vida se custodia con el desarrollo de relaciones libres y confiadas con los demás"*.

Esta propuesta de la autora me relanza a la pregunta que Chiara Zamboni hacía en el encuentro de Verona (que comentaba al inicio) Sé que ese malestar que se vive en todas partes, y que se ve mucho en las calles en estos tiempos, habla del malestar del exceso de las mediaciones. Mediaciones que no nos valen. Porque para la política de mujeres es vital la mediación, pero no vale cualquiera y no sé da por casualidad, ni se impone. Se busca, aparece. Ocurre para que el deseo circule, se ponga en marcha y se haga visible, y haga simbólico femenino.

En este pasaje hasta lo otro está presente ese entendimiento del amor del que habla Luisa Muraro. Una fórmula que ella ha encontrado en los textos de las místicas cistercienses; un operador del paso de apertura a lo otro, el despertar del deseo del intercambio con lo otro.

Hace tiempo vengo pensando, con otras, acerca de la importancia del amor, de lo central del amor en nuestras vidas. El seminario y luego el libro de *"El amor es el signo"* de Milagros Rivera Garretas ha sido un

pilar para mover las ideas. Un amor que tiene su origen en esa primera relación de amor con la madre. Amor como mediación con la realidad. Amor como mediación universal sexuada en femenino.

La idea del *entendimiento del amor* me ha encantado! No se trataría sólo de conocerlo y saberlo; sino de tener una relación más cercana con él, tan cercana que nos lleva a comprenderlo desde el interior de una misma. Es un pasaje que nos abre a lo otro, que hace despertar ese deseo de intercambio y que nos hace pasar de ese estado de finitud al de falta. Por eso, Luisa Muraro dice que *"la verdad de las mujeres se inspira en el entendimiento del amor"*.

Y fue curioso porque esta idea apareció casi con el mismo sentido hablando este verano con mi madre. A raíz de su vivencia de la espiritualidad, su crecimiento personal y de sus ganas de hacerlo público se ha decidido a escribir un libro. Me ha pedido a mí que participe como primera lectora y correctora. En él habla de muchos temas que, en su mayoría, parten del saber de su experiencia; pero lo central, según me ha comentado, es la forma en la que las mujeres sabemos, conocemos y vivimos el amor. Ese más femenino que ella considera que es vital que continuemos sosteniendo para que ocurra un cambio. Una transformación vinculada a la búsqueda y la posibilidad de una diferencia sexual masculina libre que sea capaz de reconocer y convivir amablemente con la libertad femenina. Una mediación -como también dice Milagros Rivera- que vale para hombres y mujeres; una mediación universal sexuada en femenino, digo yo.

El amor como la comprensión más profunda de lo real.

Otro punto de contacto entre la política y la mística, Luisa Muraro la encuentra en la *"idea de libertad. Es ahí donde la mística tiene una herencia preciosa para nuestra práctica política."* Aterrizo la idea de la mística, que era un deseo y una necesidad mía, una condición también para poder enlazarla, vincularla a "este mundo", al hacer de las mujeres. Porque hay un saber que se sabe, pero que no está en los libros, y tiene que ver con este saber, que presiento de tradición oral femenina, que me dice que tienen los pies en la tierra, que vale para la vida; que no está separada de ella. Que no hay división, como una vez me creía. Que, sino, no vale. No me vale.

Me recuerda a las largas charlas con un amigo que se ha "fanatizado" (como digo yo) con el budismo. Tantos retiros, tanta meditación y después huyendo de las relaciones, como si le estorbaran o no le "permitieran" continuar con lo que sabe y aprende en lo retirado del mundo.

Por eso me alivian las palabras de Luisa Muraro cuando dice que *"La mística, contrariamente a lo que se cree, es muy realista. Manda moverse en la realidad. La mística tiene los pies en el suelo. Tiene la cabeza en el cielo pero los pies en la tierra."*

La autora habla de una libertad que nada tiene que ver con el mundo del derecho. La cual suele limitar en lugar de abrir. Muraro dice haberla conocido en relación con otras, *"Es la libertad del afán de investigar, demostrar o testimoniar la existencia de Dios (o su contrario).*

Es una libertad que se convierte, o se puede convertir, en capacidad de fiarse de otras, de otros, más que de contar con el derecho o con el poder".

Yo también siento que la relación y la práctica me han abierto a una nueva vivencia de libertad. Una libertad sexuada y una libertad relacional; *"libertad con"*, como dice Diana Sartori. Una libertad que no quiere estar sola y pide articulación.

Ahora también reconozco en esa genealogía, que continuamente y poco a poco voy armando(me), la herencia de la mística femenina

Paula Domanico Sanguinetti

A las grandes mujeres que me rodean; con las que hago política día a día

Para guiar y pensar esta propuesta abordé la siguiente bibliografía:

- *"Prácticas y teorías: un saber de experiencia"*. Wanda Tommasi, en la Revista DUODA num.27- 2004.
- Clases de la asignatura *"La verdad de las mujeres"*, Luisa Muraro; Master en Estudios de la Diferencia Sexual, DUODA.
- *"La experiencia de lo divino en la práctica política"*, presentación de su libro *"El Dios de las mujeres"* Luisa Muraro, en la Revista DUODA, num.38 -2010.
- *"El Dios de las Mujeres"* de Luisa Muraro. Horas y Horas.
- *"La política del deseo. La diferencia femenina hace historia"* de Lia Cigarini. Icaria Antrazyt.
- Clases de la asignatura *"Pensar lo que hacemos"*, Diana Sartori; Master en Estudios de la Diferencia Sexual, DUODA.
- *"Filosofía y Educación"*, María Zambrano. Ed. Agora.
- *"El amor es el signo"*, Seminario Milagros Rivera Garretas, Fundación Entredos, Febrero 2011.
- *"El amor es el signo. Educar como educan las madres"*, Milagros Rivera Garretas. Sabina Editorial.
- *"No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres"*. Librería de Mujeres de Milán.